

Versión Imagen

LUCIO COLLETTI

ESTE COLAPSO COMUNISTA NOS IMPLICA A TODOS

Es aún muy viva la impresión que provoca la sucesión vertiginosa de los acontecimientos, no sólo impensados sino de tan vasto alcance que la mente tarda en captarlos. En menos de un año se ha derrumbado el muro de defensa del Imperio soviético: el férreo sistema de Estados satélites erigido por Stalin en Europa Oriental, después de la segunda guerra mundial. Por un largo período, aquellos estados fueron llamados "democracias populares". Según la propaganda de la época, encarnaban una forma superior de régimen político: la democracia "sustancial", por oposición a aquella "formal" o aparente de las sociedades occidentales. Eran, en realidad -y lo sabíamos desde siempre-, Estados policíacos, sin ninguna base de consenso.

Ha sido suficiente, en consecuencia, la parálisis del poder coercitivo, para que se aplastaran sobre sí mismos, uno después de otro, como castillos de papel. Su ordenamiento se disolvió de una hora a otra. Los grupos políticos que los dirigían -los partidos comunistas del Este- han sido revolcados en la ignominia y la vergüenza. Quedan las poblaciones, algunas de países otrora florecientes, presas hoy del drama de la miseria y del hambre.

La geografía política de Europa emerge ahora trastornada: es como, sin que lo supiéramos y en medio del silencio de las armas, se hubiera librado la tercera guerra mundial y el bloque soviético hubiera quedado aplastado. Como alianza de Estados y área de intercambio económico, el Pacto de Varsovia y el Comecon son instituciones que apenas se pueden considerar sobrevivientes.

El factor que decidió la suerte en la competencia entre los dos campos -aquella agonía político-militar impuesta durante decenios por el "equilibrio del terror" -resultó ser, sin lugar a dudas, la economía. A la larga, el sistema de planificación centralizada y del colectivismo burocrático no ha soportado la confrontación con la economía del mercado y ha cedido, casi que de improviso.

No obstante, lo repentino del colapso no debe llevarnos a engaño. El problema ha tenido una larga gestación. Los dirigentes soviéticos estaban conscientes, desde ha tiempo, de la insuficiencia del sistema. En el transcurso de los años 60, Kosiguine intentó lanzar medidas liberatorias en economía. Pero el proyecto abortó rápidamente, a causa de las dificultades de la empresa. Es probable que, ya para entonces, el vértice del PCUS haya intuído que el sistema era irreformable, como no fuera en condiciones de profundos sacudimientos que, aún hoy, nadie sabe cómo podrán ser gobernados.

Es un hecho, sin embargo, que en la Rusia de Breznief, la situación económica era bastante menos grave de lo que es hoy. A las insuficiencias estructurales, deben, entonces, haberse agregado causas ulteriores que han precipitado el colapso. Las hipótesis más aplaudibles nos inducen a ocuparnos de lo que sucedió en la mitad de los años setenta. Fue entonces cuando los Estados Unidos atravesaron un profundo malestar: vivieron el Watergate y, simultáneamente, el síndrome que tenía sus raíces en la derrota del Vietnam. Esto sucedía mientras el Occidente, por su parte, experimentó por primera vez la crisis del petróleo.

Ante estas circunstancias, la Unión Soviética asumió posiciones de avanzada. Restringida hasta entonces al continente euro-asiático, se transformó, en pocos años, en una potencia planetaria, animada de un dinamismo imperial febril, que la llevó a involucrarse en todas partes: en Africa, en América Central, en el Sudeste Asiático, hasta encontrarse finalmente, con la aventura de Afganistán.

Fue entonces, con toda verosimilitud, que el motor de la economía soviética se recalentó hasta el punto de fundirse. Cuando, luego, Reagan colmó el desequilibrio militar que se había abierto en los años de la "distensión" y prosiguió lanzando el "plano de la defensa especial", quedó claro para Moscú que la diferencia tecnológica y el colapso económico no le permitían permanecer en la carrera.

Es dentro de este contexto que, quizás, cabe situar el imprevisto desplome del comunismo. Mas, el fenómeno es de tal entidad que será motivo de reflexión por largo tiempo. El "comunismo" ha sido el primer experimento en vasta escala donde el hombre haya tratado de realizar una sociedad pensada primero y enteramente en la propia cabeza, como un proyecto arquitectónico. Hasta entonces, la historia sólo había conocido sociedades que se iban realizando a lo largo del tiempo, cuyas formas de vida eran fruto de un proceso de "adaptación" que escapaba a la conciencia, no diferente de aquel que se da en los organismos animales. El fracaso de este proyecto representa algo trágico, que no concierne solamente a los comunistas. Ha caído en el vacío la primera tentativa donde el hombre haya tratado de programar su propia historia, es decir, controlar su suerte y su destino.

De este descalabro deriva, en consecuencia, una frustración que atañe, de algún modo, a la especie entera; es algo que, más allá de todo, ha vuelto más dramática nuestra propia percepción del acontecer histórico. La historia nos ha ofrecido a menudo el espectáculo de estragos inmenso, de pueblos y civilizaciones condenados a la destrucción. Pero todo parecía, la más de las veces, el efecto de factores impersonales e incontrolables: carestías, migraciones, guerras, etc.

Lo que de nuevo se ha sumado para nosotros es cosa inquietante: la conciencia de que pueden darse construcciones históricas enteramente artificiales y totalmente privadas de factores vitales internos, las cuales al final se revelan fútiles y vanas, como máquinas mal ensambladas que giran en vacío. El "comunismo" ha resultado algo de este orden: infinitos caudales de pasión, de inteligencia, de fe y sobre todo, inculcables masas de vidas humanas que han sido lanzadas a la homaza, para realizar un "designio" que luego, ha mostrado ser sólo un error y un engaño de la mente.

Lo que ha sucedido impondría una pausa para la reflexión, un repliegue de la razón sobre sí misma, una autoconciencia rigurosa. Pero de esto no se ve ni traza, ni siquiera dentro de los comunistas que, con todo, son los primeros en causa.

(Extractos del artículo de Lucio Colletti publicado en el diario italiano *Corriere della Sera*, en su edición del 15 de enero de 1990).

Versión Texto

LUCIO COLETTI

Este colapso comunista nos implica a todos

Es aún muy viva la impresión que provoca la sucesión vertiginosa de los acontecimientos, no sólo imprevistos sino de tan vasto alcance que la mente tarda en captarlos. En menos de un año se ha derrumbado el muro de defensa del Imperio soviético: el férreo sistema de Estados satélites erigido por Stalin en Europa Oriental, después de la segunda guerra mundial. Por un largo período, aquellos estados fueron llamados "democracias populares". Según la propaganda de la época, encarnaban una forma superior de régimen político: la democracia "sustancial", por oposición a aquella "formal" o aparente de las sociedades occidentales. Eran, en realidad -y lo sabíamos desde siempre-, Estados policíacos, sin ninguna base de consenso.

Ha sido suficiente, en consecuencia, la parálisis del poder coercitivo, para que se aplastaran sobre sí mismos, uno después de otro, como castillos de papel. Su ordenamiento se disolvió de una hora a otra. Los grupos políticos que los dirigían -los partidos comunistas del Este- han sido revolcados en la ignominia y la vergüenza. Quedan las poblaciones, algunas de países otrora florecientes, presas hoy del drama de la miseria y del hambre.

La geografía política de Europa emerge ahora trastornada: es como, sin que lo supiéramos y en medio del silencio de las armas, se hubiera librado la tercera guerra mundial y el bloque soviético hubiera quedado aplastado. Como alianza de Estados y área de intercambio económico, el Pacto de Varsovia y el Comecon son instituciones que apenas se pueden considerar sobrevivientes.

El factor que decidió la suerte en la competencia entre los dos campos -aquella agonía político-militar impuesta durante decenios por el "equilibrio del terror"- resultó ser, sin lugar a dudas, la economía. A la larga, el sistema de planificación centralizada y del colectivismo burocrático no ha soportado la confrontación con la economía de mercado y ha cedido, casi que de improviso.

No obstante, lo repentino del colapso no debe llevarnos a engaño. El problema ha tenido una larga gestación. Los dirigentes soviéticos estaban conscientes, desde hace tiempo, de la insuficiencia del sistema. En el transcurso de los años 60, Kosi-guine intentó lanzar medidas liberatorias en economía. Pero el proyecto abortó rápidamente, a causa de las dificultades de la empresa. Es probable que, ya para entonces, el vértice del PCUS haya intuido que el sistema era irreformable, como no fuera en condiciones de profundos sacudimientos que, aún hoy, nadie sabe cómo podrán ser gobernados.

Es un hecho, sin embargo, que en la Rusia de Breznief, la situación económica era bastante menos grave de lo que es hoy. A las insuficiencias estructurales, deben, entonces, haberse agregado causas posteriores que han precipitado el colapso. Las hipótesis más aplaudibles nos inducen a ocuparnos de lo que sucedió en la mitad de los años setenta. Fue entonces cuando los Estados Unidos atravesaron un profundo malestar: vivieron el Watergate y, simultáneamente, el síndrome que tenía sus raíces en la derrota del Vietnam. Esto sucedió, mientras el Occidente, por su parte, experimentó por primera vez la crisis del petróleo.

Ante estas circunstancias, la Unión Soviética asumió posiciones de avanzada. Restringida hasta entonces al continente euro-asiático, se transformó, en pocos años, en una potencia planetaria, animada de dinamismo imperial febril, que la llevó a involucrarse en todas partes, en África, en América Central, en el Sudeste Asiático, hasta encontrarse finalmente, con la aventura de Afganistán.

Fue entonces, con toda verosimilitud, que el motor de la economía soviética se recalentó hasta el punto de fundirse. Cuando luego, Reagan colmó el desequilibrio militar que se había abierto en los años de la "distensión" y prosiguió lanzando el "plano de la defensa especial", quedó claro para Moscú que la diferencia tecnológica y el colapso económico no le permitían permanecer en la carrera.

Es dentro de este contexto que, quizás, cabe situar el imprevisto desplome del comunismo. Mas, el fenómeno es de tal enti-

dad que será motivo de reflexión por largo tiempo. El "comunismo" ha sido el primer experimento, en vasta escala donde el hombre haya tratado de realizar una sociedad pensada primero y enteramente en la propia cabeza, como un proyecto arquitectónico. Hasta entonces, la historia sólo había conocido sociedades que se iban realizando a lo largo del tiempo, cuyas formas de vida eran fruto de un proceso de "adaptación" que escapaba a la conciencia, no diferente de aquel que se da en los organismos animales. El fracaso de este proyecto representa algo trágico, que no concierne solamente a los comunistas. Ha caído en el vacío la primera tentativa donde el hombre haya tratado de programar su propia historia, es decir, controlar su suerte y su destino.

De este descalabro deriva, en consecuencia, una frustración que atañe, de algún modo, a la especie entera; es algo que, más allá de todo, ha vuelto más dramática nuestra propia percepción del acontecer histórico. La historia nos ha ofrecido a menudo el espectáculo de estragos inmenso, de pueblos y civilizaciones condenados a la destrucción. Pero todo parecía, la más de las veces, el efecto de factores impersonales e incontrolables: carestías, migraciones, guerras, etc.

Lo que de nuevo se ha sumado para nosotros es cosa inquietante: la conciencia de que pueden darse construcciones históricas enteramente artificiales y totalmente privadas de factores vitales internos, las cuales al final se revelan fútiles y vanas, como máquinas mal ensambladas que giran en vacío. El "comunismo" ha resultado algo de este orden: infinitos caudales de pasión, de inteligencia, de fe y sobre todo, incalculables masas de vidas humanas que han sido lanzadas a la hornaza, para realizar un "diseño" que luego, ha mostrado ser sólo un error y un engaño de la mente.

Lo que ha sucedido impondría una pausa para la reflexión, un repliegue de la razón sobre sí misma, una autoconciencia rigurosa. Pero de esto no se ve ni traza, ni siquiera dentro de los comunistas que, con todo, son los primeros en causa.

(Extractos del artículo de Lucio Colletti publicado, en el diario italiano **Corriere della Sera**, en su edición del 15 de enero de 1990).